
Una de mis maternidades*

Marie Langer

Mi interés por la maternidad empezó cuando se me atrasó la menstruación. Después me costó mucho llegar a ella. Tuve un aborto espontáneo, la niñita muerta en la Riviera (hablo de ella en el libro), otro aborto espontáneo a los cuatro meses y medio. Yo sentía “No voy a poder, no voy a poder” y me importaba mucho. Por fin, a los 29 años, pude. Ahora, no soy la madre perfecta, ni siquiera la común y corriente. No me ocupé tanto de mis chicos. Yo tuve un chico que se enfermó y quedó mal, el segundo, Kiki, a raíz de lo cual creo que tuve tantos chicos: reparar, reparar. Tuve tres chicos más, aunque Max no estaba muy decidido, pues temía. Pero, en fin, me puse mal el diafragma o algo, y me embaracé. Claro que tuve una niñera espléndida para ellos. Creo que yo tenía bastante miedo de manejarme realmente sola con los chicos, y me apoyaba mucho en la niñera. Al fin y al cabo, supuestamente yo había arruinado a un chico, a Kiki.

Yo viví así lo de Kiki. A los seis meses le dio una encefalitis, y nunca pasó del año y medio mental. No sé si hubiera sido evitable. Por un lado mi ignorancia y por otro, las condiciones tremendas de vida proletaria, pero no a todos los proletarios les ocurre ¿verdad?

Me pesó mucho no haberle dado el pecho, porque tenía poca leche. Con Tommy, el mayor, me había ocurrido que le di el pecho y el chico no crecía. Yo no tenía balanza para ir pesando, pero se notó y cambié a mamadera y el chico floreció. Al segundo entonces tampoco le quise dar. Hacía mucho calor, y parecía que la leche en polvo estaba un poco mal. Yo no sabía ni estaba segura, y se la di. Hubo una ola de calor, con una epidemia de diarrea estival, lo agarró y desembocó en la encefali-

*Fragmento de la entrevista “Mi sexualidad, mi maternidad” realizada por Marta Lamas

tis. Cuando el chico se puso muy mal llamamos al mejor pediatra de la ciudad, una ciudad muy chiquita, Rosario; llegó el mejor pediatra y preguntó "¿Qué le han dado de comer a este chico?" Yo, que había leído un libro alemán de alimentación infantil, dije "Verduras, espinacas". Y el médico dijo "¡Lo mataron, han matado a este chico!". Como para matar al pediatra ¿no? Actualmente se da verdura desde chicos, pero entonces no había esa costumbre.

Max nunca me echó la culpa, fue totalmente solidario y siempre estuvo a mi lado. Una noche que Kiki estaba tan mal que pensábamos que ya se iba a morir y yo estaba muy triste Max se acercó muy dulce y me dijo: "¿Quieres que te haga otro ya?". Pero después, cuando se salvó y quedó vivo, Max tuvo mucha resistencia a tener otro.

Yo a Kiki lo mandé a vivir con mi madre, que vivía en Uruguay, cuando Martín tenía meses. Con todo y su retardo estaba celoso y lo descubrimos sentado en la cama del chiquito, encima de él. Cuando decido enviarlo con mi madre siento el alivio total. A Max le costó muchísimo más; Max negaba mucho la realidad, se aferraba más al chico. Una amiga me regaló por ese entonces el libro de Gesell sobre evolución infantil. Eso me ayudó muchísimo a mí. Yo lo leí y me fijé en Kiki con cuidado, y me convencí de su infinito retardo. También en el Gesell decía que a los padres les cuesta mucho más que a las madres, es una herida narcisista mucho mayor. Gesell dice también que hay que sacar a un chico así de la familia, si no la arruina. Me ayudó muchísimo.

En el otro libro yo no conté esta historia por falta de espacio, pero ahora lo hago para que otras personas puedan animarse a tomar la decisión. Yo viví un caso así de cerca. En una reunión de la Federación de Psiquiatras, en Bahía Blanca, estaba sentada a mi lado una psiquiatra de unos treinta y pico años. Al preguntarle cuántos chicos tenía, me respondió: "Lamentablemente dos nomás". Yo le pregunté por qué eso de lamentablemente, y ahí me explicó que tenía un chico microcefálico, totalmente retrasado, que lo tenía en la casa, y que por eso no tenía más. Hablamos y hablamos y hablamos sobre el tema; luego vino a Buenos Aires y seguimos hablando e internó el chico. Ya la hermanita estaba mal y con la internación estuvo muy aliviada. Generalmente la tradición analítica y psiquiátrica te obliga a seguir hasta el final en la familia; pero puede hacer mucho daño. Cuando llevé a Kiki con mi madre iba a verlo una vez por mes. Era un viaje muy amargo. Después de varios años la situación económica se hizo imposible, mis padres vinieron a Buenos

Aires, y empecé a verlo una vez por semana. Ellos vivían en las afueras. Después murió mi padre, y Kiki era ya muy grande para ser controlado sólo por mi madre. Era difícil de retener, a veces salía desnudo a la calle. Aunque mi madre nunca quiso que lo internaran, la situación se hizo insostenible. Mi madre tenía 75 años y no podía con él, un muchacho grande y fuerte. Cuando supo de la internación ella dijo: "Sin el chico no me quedo", y se regresó a Viena. Al internado íbamos a visitarlo Max y yo juntos, y de golpe, a los 22 años, murió.

Ahora, que su presencia neurotizó —en límites— a sus hermanos, sí, los neurotizó. También en una época perjudicó nuestra relación (Max y yo). El desgaste que ocasiona una situación así es terrible.